



---

# CUENTOS DE LA BAÑA AZUL Del 1 al 10

---

**Relatos infantiles**



LA GATA CLARA  
AUTOR  
*Eloy Barba Domínguez*

## ÍNDICE

1. Una rana con dinero..... página 3
2. El viaje del grillo Lupas..... página 8
3. El payaso soldadito..... página 14
4. El escritor y los mirlos..... página 19
5. El niño, el pingüino y la tortuga..... página 29
6. El gato Morris ..... página 45
7. La lagartija deportista ..... página 51
8. Leer ayuda a crecer..... página 54
9. El loro Juanito..... página 61
10. El hechizo del caminante..... página 65

Si pasáis cerca de la cabaña azul que destaca sobre el prado de amapolas que se ve desde el puente de madera, a la entrada del pueblo donde nací, no dudéis en llamar a la puerta. Si mi tío Venancio está dentro, os recibirá con su eterna sonrisa y su barba gris, manchada seguramente con trocitos de chocolate. A mi tío Venancio le encanta el chocolate, y si le lleváis una tableta —o mejor, dos—, os hará entrar para agradeceróslo con una deliciosa merienda y con alguno de sus entretenidos cuentos. Mi tío Venancio conoce cientos de cuentos y relatos infantiles, y nunca jamás se cansa de contarlos a quien quiera escucharlos.

¿Cómo? ¿Qué queréis que yo os cuente alguno de esos cuentos? Está bien. Si insistís, voy a contaros algunos de los que mi tío me contó y que en estos momentos vienen a mi memoria. Espero que os hagan pasar buenos ratos, al igual que me los hicieron pasar a mí mientras devoraba bollos de leche y roscos de naranja en la cabaña azul de mi tío Venancio.

## Una rana con dinero

En un hueco frío, húmedo y oscuro, bajo una piedra lisa en el lecho de un riachuelo, vivía sin mayores preocupaciones Saltarina, una rana verde y sabia. O al menos eso creía ella. A menudo se decía a sí misma que una rana tan lista como ella no podía pasarse toda la vida en aquel estrecho y cristalino riachuelo. Continuamente imaginaba que algún día viajaría y conocería un montón de lugares interesantes, y que así se haría todavía más sabia.

Un día se hallaba Saltarina oculta en su hueco bajo la piedra, ensimismada con sus sueños de grandeza, cuando la mano de un hombre apartó la piedra que le servía de refugio, removiendo el fondo a su alrededor. Asustada, la rana no tuvo otra ocurrencia que saltar sobre el hombro del intruso que se había atrevido a alterar de un modo tan grosero su paz y su tranquilidad. Desde allí pudo verle bien la cara, el negro bigote, su prominente nariz y la mandíbula hundida que le conferían un aspecto realmente amenazador. Ni en un millón de años, pensó la rana, olvidaría el rostro de aquel fiero malhechor. Repuesto de la sorpresa, el individuo giró la cabeza y miró a la rana con cara de asco durante unos segundos. Luego se dio un manotazo en el hombro, espantando al indefenso animal.

—¡Largo de aquí, rana estúpida! —le gritó.

Croando muy indignada, Saltarina saltó a tierra, yendo a refugiarse tras unas espigadas cañas. Desde allí observó con curiosidad cómo aquel humano tan bruto introducía en el

confortable agujero que poco antes era su hogar una misteriosa cajita de metal. Mirando con recelo hacia uno y otro lado, el hombre colocó la piedra otra vez en su sitio y después se incorporó, alejándose a toda prisa del riachuelo.

Cuando pensó que no existía peligro alguno, la rana salió del cañaveral dispuesta a inspeccionar la cajita enterrada por el horrible intruso. Apoyando su espalda en el lecho y valiéndose de la fuerza de sus poderosas ancas, logró apartar la piedra que aprisionaba la cajita de metal. Luego, y con gran dificultad, la arrastró fuera del riachuelo. El propietario de la cajita no podía haber elegido peor sitio para esconder aquel objeto, pues aquella rana no era una rana vulgar. Antes de que se ocultara el sol había logrado reventar el mecanismo de cierre y contemplaba incrédula el contenido de la cajita. Allí dentro había una verdadera fortuna en billetes y joyas.

Saltarina no podía creer la inmensa suerte que había tenido. Con aquellas riquezas podría hacer realidad todos sus sueños, hacer lo que le viniera en ganar y vivir sin preocupaciones el resto de su vida. Sacó todo lo que podía llevar encima y volvió a esconder el resto dentro de la cajita, enterrándola después lejos de donde el hombre la había dejado, para que no pudiera encontrarla cuando volviera, pues era indudable que volvería por ella.

Cargada de joyas y dinero, Saltarina viajó al sur de Francia y se instaló en una elegante mansión. Sin reparar en gastos, encargó la construcción de una fuente de oro en el centro del inmenso jardín que rodeaba a la mansión. Las ranas más pudientes e influyentes de la alta sociedad se convirtieron en asiduas asistentes a las fiestas organizadas por la nueva rica

en su fuente de oro. Desde un principio, sin embargo, estuvo claro que a las aristocráticas ranas no les gustaban los toscos y ordinarios modales de la propietaria de la mansión. A Saltarina le gustaba saltar desde lo más alto de la fuente hasta el agua y chapotear a sus anchas. Sus nobles invitadas consideraban su comportamiento de todo punto inadmisibles, y así se lo hacían saber sin miramientos:

—Salpicar es algo muy chabacano, Saltarina. ¿No te ha enseñado nadie que hay que meterse en el agua de manera discreta, primero una anca y después la otra?

—Chapotear es de mala educación —le repetían—. Hay que nadar siempre de espaldas y sin abrir la boca.

En las cenas de gala y en los bailes de sociedad, ninguna perdía la ocasión de recordarle a Saltarina que todo lo hacía mal, de un modo vulgar e impropio de su nueva posición. Acostumbrada a la libertad de su riachuelo, Saltarina se sentía desdichada entre aquellas ranas rígidas y estiradas que concedían tanta importancia a la etiqueta y a las apariencias. Finalmente, terminó aburriéndose de su nueva vida y decidió vender la mansión.

—¿Qué puedo hacer ahora que vuelvo a ser libre? —se preguntó Saltarina—. Con tanto dinero no es posible que una rana no consiga hacer realidad sus sueños. ¿Cuál será el siguiente que cumpliré?

Entonces recordó que siempre había soñado con ser una cantante famosa, croar como los ángeles y dar conciertos multitudinarios por todo el mundo.

—Eso es —se dijo a sí misma—. Pagaré al mejor profesor de canto para que me enseñe a croar bien, contrataré a los mejores músicos y grabaremos un disco que se convertirá en

un éxito mundial. Seré una diva caprichosa con miles de fans.

Con aquella nueva idea en mente, se mudó a Londres y contrató los servicios de un profesor de canto que había catapultado al estrellato a varias celebridades del mundo de la música. Todas las tardes asistía a sus clases en los sótanos de un impresionante edificio de oficinas en el centro de la ciudad. En pocas semanas hizo grandes progresos, y Saltarina se mostraba muy esperanzada. Su profesor le decía que croaba de un modo inconfundible y muy personal, una virtud imprescindible para el éxito.

Un día antes de grabar su primer disco, Saltarina fue a ensayar como siempre al estudio de su profesor. El sótano tenía ventanas que daban a la calle, y desde fuera podían escucharse las escalas musicales que practicaba Saltarina con su croar tan particular. De repente, alguien que pasaba caminando por la calle detuvo su marcha, atisbó a través de una ventana del sótano y, después de fisgar lo que ocurría en el interior, entró en el edificio con un visible enojo reflejado en su rostro. Irrumpió en el estudio de canto por sorpresa y señaló acusadoramente a Saltarina:

—¡Tu inconfundible forma de croar te ha delatado, rana ladrona!

Saltarina casi se cae de espaldas cuando reconoció a aquel hombre que la apuntaba con su dedo. ¡Era el mismo hombre que había escondido el botín con el tesoro en el riachuelo!

—¡Qué casualidad! —continuó gritándole el rufián— ¡Recorrí el riachuelo cientos de veces buscándote con intención de ajustarte las cuentas, y resulta que doy contigo en un país extranjero! Solo tú viste dónde escondí la caja aquel día, así que ya me estás diciendo dónde está mi dinero.

—Está usted interrumpiendo mis clases, caballero — protestó el profesor de canto por aquella inesperada intromisión.

Sin tomarlo en cuenta, el hombre avanzó hacia Saltarina con intención de agarrarla y obligarla a devolverle todo el dinero. Pero Saltarina no estaba dispuesta a que aquel bruto la tocara, así que saltó por encima de su cabeza y escapó por la puerta abierta del estudio de grabación. Salió a la calle y buscó el puente más cercano para tirarse de cabeza al río.

Remontando la corriente, llegó hasta un riachuelo que se parecía mucho al suyo. Salió del agua y se sentó sobre una piedra cubierta de musgo.

—El dinero y las riquezas no me traen más que desdichas —se dijo a sí misma cuando recuperó el aliento—. Si hubiera sido tan lista como me creía, habría sabido desde un principio que para ser feliz una rana no necesita más que un riachuelo tranquilo y limpio donde poder nadar y croar en completa libertad. Y eso ya lo tenía sin necesidad de dinero alguno. Pero dicen que rectificar es de sabios, así que me quedaré a vivir aquí, y si vuelvo a encontrarme con una sola moneda en el agua, la enterraré a tanta profundidad que no la encontrarán hasta dentro de mil años.

Y sintiendo que se acababa de quitar un gran peso de encima, se zambulló en el riachuelo, dispuesta a comenzar una nueva vida.

## C



## El viaje del grillo Lupas

Hay que reconocer que el grillo Lupas no tocaba el violín excesivamente bien. En realidad, aquel instrumento desafinaba bastante; de él solo salían melodías chirriantes e insoportables. Sin embargo, el grillo Lupas pensaba todo lo contrario. Se creía el no va más de los grillos violinistas de todo el bosque, y por eso seguía tocando noche tras noche desde el mismo sitio: la rama de un álamo viejo junto a la orilla del río.

La música del grillo Lupas era particularmente odiosa para la lagartija Felisa, que vivía a los pies del viejo álamo, en una linda casita que sus abuelos habían construido cuando emigraron desde la ciudad. A Felisa le gustaba dormir con las ventanas abiertas, pero no podía hacerlo porque los estridentes sonidos del violín de Lupas la despertaban a cada rato. Una noche en la que no conseguía conciliar el sueño, Felisa salió de su casita y ascendió por el tronco del árbol buscando algo que pudiera echarse a la boca, pues tenía un poco de hambre. Subiendo y subiendo, llegó hasta la rama donde estaba Lupas interpretando uno de sus temas favoritos. Felisa se quedó observándolo, preguntándose cómo podría librarse para siempre de aquel ruidoso y desafinado vecino. Cuando terminó de tocar, se percibió en la lejanía otro violín, que a la lagartija Felisa le sonaba igual de malo que el de Lupas. ¿Acaso no existía un solo grillo en el mundo que supiera tocar bien?

Evidentemente, el grillo Lupas tenía una opinión muy distinta, y así lo expresó elocuentemente en voz alta:

—¿Quién será ese músico excepcional que mis oídos alegría con notas tan celestiales? ¿Quién será ese artista brillante que mi espíritu eleva y mi corazón inflama?

Felisa se estremeció de rabia. Además de músicos torpes, aquellos grillos eran unos cursis redomados.

—Ojalá pudiera conocerlo —continuó ensalzando Lupas al desconocido violinista—. Si pudiera llegar hasta él, lo felicitaría efusivamente, demostrándole mi admiración con mil elogios merecidos. Después le pediría humildemente que hiciéramos un dúo. Y si accediera, qué feliz me haría. Tocaríamos juntos todas las noches en su árbol hasta el amanecer. ¿Pero qué digo? Encontrarme con él no es más que un vano sueño, una quimera inalcanzable. Su violín suena demasiado lejano y yo soy demasiado pequeño y débil para cruzar todo el bosque. Me desorientaría solo y me perdería en la maleza para siempre. No, no, me da mucho miedo ir solo. Mejor me quedo aquí, disfrutando a distancia del eco de su música.

Al escuchar semejantes palabras, Felisa tuvo una idea genial que acabaría de una vez y para siempre con sus problemas. Si jugaba bien sus cartas, se libraría definitivamente de aquel molesto grillo y podría dormir a pierna suelta en su casita con las ventanas abiertas. Con esa esperanzadora perspectiva en mente, se aproximó al grillo y le dijo:

—Querido amigo mío, me rompe el corazón verte tan triste y compungido. Una lagartija tan sensible como yo no puede quedarse de brazos cruzados viendo a un artista como

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

